centinelas, tintinaban las campanillas de los vendedores de agua, disputaban los soldados sobre el reparto de la *mona*, tropezaban los criados en los vientos de la tienda; el campamento parecia un mercado. Pero aún no llevábamos cuatro días de viaje y teníamos una palabra mágica que nos consolaba de todo: ¡Fez!

ZEGUTA

Salimos para Zeguta muy temprano, animados y alegres con el pensamiento de ver aquel día de lejos las montañas de Fez. Hacia un fresco como de otoño y cubría el campo una ligera niebla. Una turba de árabes, envueltos en sus jáiques, estaban formados en ala á la salida del campamento; los soldados de la escolta, todos ateridos, nos seguían formados en un grupo, y los niños del *aduar* nos miraban con los ojos soñolientos, guarecidos en las tiendas y en la maleza. Pero pocos minutos después lució el sol, acudieron los curiosos, los jinetes se desbandaron, el aire retembló de gritos y de tiros, todo tomó color, alma y luz, é inmediatamente, como suele acontecer en aquellos paises, sucedió al fresco de otoño, el calor del verano,

Entre mis apuntes de aquella mañana encuentro uno que dice lacónicamente:—Langostas. En-

sayo de elocuencia de Selam.—Recuerdo, con efecto, haber visto un campo que parecía que se movía, y esta apariencia era producida por un inmenso número de langostas verdes que se encaminaban saltando hacia nosotros. Selam, que en aquel momento cabalgaba á mi lado, me hizo una descripción admirablemente pintoresca de las invasiones de aquellos insectos formidables, y la recuerdo aún palabra por palabra; pero me parece imposible describir el efecto de su actitud, de su mirada y de su voz, que expresaban bastante más que la palabra. —¡Es un espanto, señor! Vienen de allí (y señalaba al Mediodía). Es una nube negra. Se oye el ruido desde lejos. Avanzan, avanzan, y tienen su sultán; el sultán Jeraad que las guía. Cubren caminos, campos, casas, aduares, bosques. La nube crece, crece; marcha, marcha, marcha; muerde, muerde, muerde; pasa ríos, pasa fosos, pasa muros, pasa fuego; destruye yerbas, flores, hojas, frutos, granos, cortezas de árboles, y anda, anda. Nadie la detiene, ni las tribus con las llamas, ni el Sultán con todo su ejército, ni todo el pueblo de Marruecos junto. ¿Montones de langostas muertas? Adelante las langostas vivas. ¿Mueren diez? Nacen ciento. ¿Mueren ciento? Nacen mil. Visto en Tanger. Calles, cubiertas; jardines, cubiertos; orilla del mar, cubierta; mar, cubierta; todo verde, todo en movimiento, vivas, muertas, podredumbre, hedor, peste, carestía, ¡maldición del cielo!—Así es, en efecto. El hedor que exhalan los miles de millares de langostas muertas, produce á veces fiebres contagiosas, y citaré como ejemplo que la espantosa peste que despobló en 1799 los campos de Berbería, se produjo durante una de las mayores invasiones de langosta. Cuando se presenta la vanguardia del ejército devastador, los árabes le salen al encuentro en grupos de cuatrocientos ó quinientos juntos, con palos y hogueras; pero no logran más que hacerlas separarse un poco de su camino, y con frecuencia sucede que, al arrojarlas una tribu á las tierras de otra vecina, la guerra á las langostas se convierte en guerra civil. Lo único que puede librar al país de este azote es un viento favorable que las arroje al mar, donde se ahogan, y al cabo de algunos días son arrojadas á montones á la costa; y el único consuelo que tienen los habitantes del país cuando no sopla el viento favorable, es comer, como lo hacen, á sus enemigas antes que depositen los huevos, cocidas y aderezadas con sal, pimienta y vinagre. Tienen un sabor parecido al del cangrejo de mar, y se puede comer hasta cuatrocientas de ellas en un día.

Como á unas dos millas del campamento, nos reunimos á una parte de la caravana que llevaba á Fez los regalos de Víctor Manuel. Eran camellos uncidos por parejas, uno detrás de otro con dos largos palos, colgados de la grupa, sobre los que iban las cajas. Los acompañaban algunos árabes á

pie y algunos soldados á caballo. A la cabeza de la caravana iba un carro tirado por dos bueyes: ¡el primer carro que veíamos en Marruecos! hecho á propósito en Larache, según creo, por el modelo de los primeros vehículos que aparecieron en la superficie de la tierra; tosco, pesado, deforme, con las ruedas de una sola pieza, sin rayos; el más raro y más ridículo armatoste que puede imaginarse. Para los habitantes del aduar, la mayor parte de los cuales no habían visto un carro en su vida, era una maravilla. Acudían de todas partes á verlo, se lo enseñaban unos á otros, iban delante y detrás de él y hablaban con gestos enérgicos. Hasta nuestras mulas, no acostumbradas á la vista de aquel objeto, al pasar á su lado, daban señales de espanto, y, ó se plantaban, ó daban media vuelta. Selam mismo lo miraba con cierta complacencia, como diciendo para sus adentros:—¡Ha sido hecho en nuestro país!—Esto era muy disculpable, porque en todo Marruecos acaso no existía mayor número de carros que de pianos, que si es exacta la afirmación de un cónsul francés, no pasan de una docena; y además parece que hay en aquel país una antipatía nacional contra toda clase de vehículos. Las autoridades de Tánger, por ejemplo, prohibieron al Príncipe Federico de Hesse Darmstadt, que estuvo en aquella ciudad en 1839, salir en carruaje. El Príncipe escribió al Sultán, prometiéndole hacer empedrar á su costa las calles principales, para

que le permitiese lo que le negaban las autoridades.—Lo permito—contestó el Sultán—y de muy buen grado; pero con una condición: que los carruajes no han de tener ruedas, porque como protector de los fieles, no puedo permitir que mis súbditos se expongan al peligro de ser atropellados por un cristiano.—El Príncipe, para poner la cosa en ridículo, aprovechó el permiso y cumplió la condición; tanto, que aún hay en Tánger quien recuerda haberle visto atravesar la ciudad en una carroza sin ruedas, conducida por dos mulas.

Por fin llegamos á aquellas benditas colinas en que pensamos con impaciente deseo hacía tres días. Después de una larga subida enfilamos una angostísima garganta, llamada en árabe Beb Tinca, por la que tuvimos que pasar uno á uno, y desembocamos en un hermoso valle florido y solitario, en el que la caravana penetró alegremente, llenando los aires de cantos y de gritos.

En el fondo del valle encontramos otra escolta del territorio de las colonias militares, que relevó á la primera.

Eran cien jinetes, unos muy viejos y otros muy jóvenes, negros y cabelludos; algunos, montados en soberbios caballos enjaezados con extraordinario lujo. El Caid Abu-ben-Gileli, era un viejo fornido, de aspecto severo, de modales sobrios, del cual y de sus soldados podría decirse lo que decía don Abundio del Innominato y de los bravos:—Para te-

ner á raya estas caras, se necesita nada menos que tener esa otra; bien lo conozco.—Sin reparar en el trigo y en la cebada que había á ambos lados del camino, los soldados lanzaron en todas direcciones sus caballos al galope, y comenzaron las cargas de costumbre, dos á dos, cinco á cinco y diez á diez, tirando las espingardas al aire, volviéndose atrás, á la derecha, á la izquierda, retorciéndose en la silla y aullando como almas condenadas. Uno hacía el molinete con la espingarda tan rápidamente que casi no se veía el arma. Otro, al pasar, gritó con voz tonante:—¡Allá va el rayo!—Un tercero, á quien se le había rebelado el caballo, por poco tropieza con nosotros y nos echa al suelo patas arriba.

A cierta hora, el Embajador y el capitán, acompañados de Hamed-ben-Kassen y algunos soldados, se separaron de la caravana para subir á un monte llamado Selfat, situado á pocas millas de distancia, y nosotros seguimos sin ellos nuestro camino.

Pocos minutos después sucedió un caso que creo conservaré siempre en la memoria.

Venía hacia nosotros un muchacho árabe, de diez y seis á diez y ocho años, medio desnudo, que aguijaba con un grueso garrote á dos bueyes recalcitrantes.

El Caid Abu-ben-Gileli detuvo el caballo y lo llamó.

Supimos después que aquel muchacho debía ir á uncir los dos bueyes al carro que habíamos visto

poco antes, y se había retardado algún tiempo.

El pobrecito se presentó todo tembloroso al Caid.

Este le hizo no sé qué preguntas, á las que contestó el rapaz balbuceando y poniéndose lívido como un cadáver.

Entonces el Caid se volvió hacia los soldados, y dijo friamente:—Cincuenta palos.

Tres robustos soldados se apearon.

El pobre muchacho, sin esperar á que lo cogiesen, sin proferir una palabra, sin volver siquiera los ojos á su juez, se echó boca abajo en el suelo, según costumbre, con las piernas y los brazos extendidos.

Todo esto sucedió, puede decirse, en un abrir y cerrar de ojos. Aún no estaba el palo en el aire, cuando ya el comandante y otros se habían interpuesto y habían hecho saber al Caid que no podían permitir aquel brutal castigo.

El Caid bajó la cabeza.

El muchacho se levantó pálido y convulso, mirando asustado y admirado al Caid y á sus libertadores.

—Vete—le dijo el intérprete—¡estás libre!

¡Ah!—gritó con indescriptible acento—y desapareció.

Volvimos á ponernos en camino.

¿Debo decirlo? He visto matar á un hombre y no sufrí tan profundo sentimiento de horror como

el que me asaltó á la vista de aquel muchacho medio desnudo, tendido en el suelo para recibir cincuenta palos Después de horrorizarme, se me subió la sangre á la cabeza, y lleno de indignación, vituperé en mi interior al Caid, al Sultán, á Marruecos y á la barbarie, con las palabras más duras del lenguaje humano. Es una gran verdad que hay que esperar siempre los segundos pensamientos.—Pero —pensé algunos momentos después—¿cuántos años hace que hemos abolido nosotros el palo? ¿Cuánto tiempo hace que se ha abolido en Austria? ¿Y en Prusia? ¿Y en los demás Estados de Europa?—Esta reflexión me hizo abandonar la cólera y no dejó en mi corazón más que un sentimiento de amargura. Al que desee saber cómo se apalea en Marruecos, baste decirle que algunas veces, terminada la operación, hay que llevar la víctima al cementerio.

Desde allí á Zeguta, la caravana fué marchando de colina en colina, de valle en valle, siempre entre campos de trigo y cebada y verdes prados, rodeados de áloes, de nopales, de olivos silvestres, de encinas pequeñas, de madroños, de mirtos y de floridos céspedes. No se veía una tienda, ni se encontraba alma viviente. La campiña estaba llena de hermosura solitaria y callada, como un jardín encantado. Al llegar á la cumbre de una altura vimos las azules cimas de las montañas de Fez, que pronto se ocultaron como si hubieran levantado un momento la cabeza para vernos pasar, y

en lo más fuerte del calor llegamos á Zeguta.

Era uno de los sitios más preciosos que habíamos visto en todo el viaje.

El campamento estaba plantado en la pendiente de un monte, en una cavidad rocosa de forma de un anfiteatro, en la que las piedras y las pequeñas cavidades formadas poco á poco, una sobre otra, con cierta regularidad, por el paso de la gente y del ganado, presentaban el aspecto de una vasta gradería que, justamente en aquel instante, estaba llena de árabes sentados en hileras semicirculares, como los espectadores de un verdadero anfiteatro. Por delante se abría en forma de concha un gran valle, dividido por los diversos cultivos en cuadros verdes, amarillos, blancos, encarnados y color de violeta, que parecían un inmenso tablero de pedazos de terciopelo y de seda. Mirando con el anteojo, se veía en las colinas más lejanas, aquí una fila de tiendas, allí una cuba escondida entre áloes, allá un camello, más allá un árabe en cuclillas, un rebaño, un grupo de mujeres, una vida desparramada y lenta que hacía sentir, aún más que la completa soledad, la profunda paz del lugar. Sobre toda esta hermosura se extendía un cielo puro, lleno de fuego deslumbrador, que obligaba á tener la cabeza baja y los ojos medio cerrados.

Pero más que por el paisaje, recordaré perpetuamente el campamento de Zeguta por el experimento que hice del famoso kif.

El kif, por si alguien no lo sabe, es la hoja de una especie de cáñamo, llamado *haschisc*, conocido en todo el Oriente por su virtud embriagadora. En Marruecos se hace muchísimo uso de él, y puede decirse que son víctimas de esta hoja deletérea casi todos aquellos árabes y moros, tan frecuentes en las ciudades, que miran al transeunte con ojos mortecinos y estúpidos, casi arrastrándose, como gentes aturdidas de un golpe en la cabeza. La mayor parte fuman el kif, mezclado con un poco de tabaco, en pequeñísimas pipas de barro cocido; otros lo comen en una especie de pasta dulce, llamada *madjun*, hecha de manteca, miel, nuez moscada y claveles. Sus efectos son muy extraños. El doctor Miguerez, que ya lo había probado, me hablaba de él con frecuencia, diciendo, entre otras cosas, que le había atacado un acceso irresistible de risa, y que le parecía que estaba andando en el aire; tanto, que al pasar por una puerta dos veces más alta que él, había bajado la cabeza por miedo de tropezar. Aguijoneado por la curiosidad, le había pedido varias veces que me diese una cantidad de *madjun*, pequeña para no perder la brújula, pero suficiente para hacerme ver y sentir, á lo menos, alguna de las mil maravillas que me contaba. El buen doctor se excusaba, los primeros días, diciendo que sería mejor hacer el experimento en Fez con todas las comodidades; pero yo insistí, y en Zeguta, por fin, aunque algo á regañadientes,

me presentó en un platillo el ansiado manjar. Además de mí, si no me engaño, tomaron un poco Ussi y otro poco Biseo, pero no me acuerdo si les produjo algún efecto. Era una pasta blanda de color de violeta y que sabía á pomada. Durante una media hora, desde la menestra hasta los postres, no sentí nada, y me burlaba de los temores del doctor. Pero él me contestaba:—Espere, espere, y se sonreía. Con efecto, los síntomas de la embriaguez se manifestaron á los postres. Al principio fué una viva hilaridad y una rapidísima charla. Después comencé á reirme de todo lo que oía decir y de lo que decía yo mismo; cada palabra mía ó de los demás me hacía el efecto de una finísima agudeza; me reía de los criados, de las miradas de mis comensales, de mi silla coja, de las figuras estampadas en los platos, de la forma de algunas botellas y del color del queso que comía. De repente, me acordé de que no tenía la cabeza segura y me puse á pensar en cosas serias para contenerme. Pensé en el muchacho á quien habían querido apalear aquella mañana. Me enternecía. Hubiera querido llevarlo á Italia, darle educación y hacerle estudiar una carrera Lo amaba como á un hijo. También pensé en el Caid Abuben-Gileli, ¡pobre viejo! Lo quería como á un padre. ¿Y los soldados de la escolta? Eran todos buenos muchachos, dispuestos á defendernos y arriesgar la vida por nosotros. Los quería como hermanos.

También quería á los argelinos, ¿y por qué no? Pensaba: ¿no son de la raza de los marroquíes? ¡Y qué raza! Todos somos hermanos; unidos por un pacto, debemos amarnos; yo amo, yo soy feliz, y echaba los brazos al cuello del doctor, que se desternillaba de risa. De esta alegría, caí de repente en una confusa y profunda tristeza. Recordé las personas á quienes había ofendido; el dolor que causaba á los seres queridos; me oprimían mil remordimientos y amarguras; me parecía que escuchaba voces que me hablaban con acento de amor y de reconvención; me arrepentí, pedí perdón y enjugué furtivamente una lágrima que oscilaba en mis ojos. Después surgió en mi memoria un torbellino de imágenes disparatadas y extrañas que se desvanecían una tras otra: ciertos amigos de la infancia olvidados; ciertas palabras de mi dialecto que no había pronunciado en veinte años, caras de mujeres, Guillermo el Taciturno, París, el editor Barbera, un sombrero de castor que había tenido de pequeño, la Acrópolis de Atenas, un cuento de un posadero de Sevilla y otras mil rarezas. Recuerdo confusamente que los comensales me miraban sonriendo. De vez en cuando cerraba los ojos y los volvía á abrir, sin saber si había dormido ó no, y si había pasado un minuto ó media hora. Tenía en la cabeza un pensamiento lúcido, comenzaba á hablar, decía:—Una vez fuí... ¿Dónde fuí? ¿Quién fué? Todo se había desvanecido. Los pensamientos

brillaban y se apagaban como luciérnagas. En cierto momento ví á Ussi con una cabeza prolongada como una imagen reflejado por un espejo convexo; al Vicecónsul con una cara de media vara de ancho, y á todos los demás adelgazados, hinchados, desfigurados, contrahechos, como caricaturas fantásticas que me hacían muecas indescriptiblemente ridículas; y yo me reía, y movía la cabeza, y dormitaba, y pensaba que todos estaban tontos, que nos encontrábamos en otro mundo, que nada de lo que veía era verdad, que estaba malo y no sabía lo que había sucedido ni dónde estaba. Después todo fué obscuridad y silencio. Y cuando volví en mí me encontré en mi tienda, con el doctor al lado, el cual, mirándome á la luz de la vela, me dijo sonriendo:—Ya pasó, vamos; pero esta vez debe ser la primera y la última.